

LA GUERRA DE CRIMEA

y mis pobres amigos.

La guerra de Crimea es el primer acontecimiento público de que encuentro algún rastro en mi memoria; pero son huellas tan raras y esparcidas, que me sorprende, al considerar que tenía yo entonces casi nueve años, y que los grandes sucesos de que oía hablar todos los días, hubieran debido dejarme impresiones bastante más profundas y más vivas.

De todos los precedentes de la expedición, no recuerdo sino una sola frase:—Veremos á ver cómo se dispone Austria,—dicha en mi casa, á mi padre, por el Administrador de Correos, á quien estoy viendo sentado como estaba en aquel momento, en un rincón del comedor, puesta una pierna sobre otra y un brazo colgando del respaldo de la silla. De la salida de las

otras tropas, después que se fué el batallón de Martinotti, no recuerdo más que un episodio, que se compendia en la imagen de una joven campesina, que, desde lo alto de las murallas, sollozando, con la cabeza inclinada hacia delante y los brazos extendidos, en un arranque de desesperado dolor, gritaba á los últimos cazadores:— ¡Adiós!, ¡adiós!—mientras el tren, rápido, huía atravesando el puente lejano, viéndose ondear fuera de los vagones los penachos de los soldados.

Luego me represento á mi madre con la Gaceta del Pueblo en la mano, que interrumpe, sofocada por la emoción, la lectura del relato del incendio del Cresus, que pocos días antes había zarpado de Génova con tropas. De todo el tiempo que duró la guerra tengo sólo una idea nebulosa, y en medio de ella veo una docena de muchachos descamisados, amontonados en el fondo del corral de mi casa, cantando en coro una canción guerrera; la boca abierta y torcida de uno de ellos, que se llamaba Clemente, y que decía Crinea en lugar de Crimea; y retengo aún una estrofa de aquella canción, por donde se puede inducir que no había entonces en parte del pueblo bajo, idea muy clara de nuestras alianzas, puesto que decia:

> El cuartel de los ingleses está situado en medio del mar; Napoleón con sus cañones en mil pedazos lo hará saltar.

Lo que recuerdo muy bien es que pensaba muchas veces en el cabo ausente, y que después de su marcha cesé de conversar con los pocos cazadores que habían quedado, como si él se hubiera llevado consigo toda la poesía de su Cuerpo y todos los entusiasmos de mi corazón.

Conservo muy fresco el recuerdo de mis compañeros de juego de aquellos días, con los cuales frecuentemente me mezclo y charlo con el pensamiento, porque encuentro en ellos la primera causa de muchas ideas, tendencias y simpatias que he conservado toda mi vida.

Como estaba siempre abierto el gran patio de la casa, era éste el punto de cita y el campo de juego de toda la chiquillería de la vecindad; por lo cual, desde pequeno me encontré rodeado de ninos de todas -condiciones, en su mayor parte hijos de obreros y de vendedores; algunos de ellos

pobrisimos, á quienes se les caia la ropa á pedazos é iban descalzos seis meses del año. Con éstos tuve durante mucho tiempo una familiaridad fraternal, cimentada por correrias comunes por el campo; por el cambio mutuo de golpes y de regalos, de desavenencias y reconciliaciones, y de mil partidos de pelota, y de cara ó cruz, y... por todo género de diabluras.

Alguien podrà decir que me dejaban demasiada libertad, y que aquella compañía tenia que resultarme indudablemente perniciosa. Pues bien; yo agradezco á mi padre y á mi madre que me hayan dejado las riendas sueltas; que me hayan permitido enfrascarme tan libremente entre aquella pobreteria (de la cual, por lo demás, dadas las condiciones de la casa, no hubiera podido librarme sino mandándome fuera), porque desde entonces he comprendido muchas cosas de la vida y del espíritu de la gente pobre, que no puede comprender quien no esté de muchacho entre sus coetáneos de aquella clase social, y quien no haya observado en germen, por decirlo ási, al pueblo bajo, del cual, siendo ya hombres, nos separan demasiados prejuicios y excesivas desconfianzas recíprocas. Por-

57

que aquella promiscuidad con los niños andrajosos fué la que hizo nacer en mi una simpatía afectuosa y compasiva por los pobres, que luego me inclinó hacia los humildes con verdadero sentimiento de amigo; porque fueron aquellas amistades las que no dejaron crecer en mi corazón ciertas vanidades y orgullos de «señorito» que, desenvolviéndose con el tiempo, cierran en muchos las puertas del alma á nobles sentimientos de humanidad y de justicia, que pugnan por entrar demasiado tarde. Y en cuanto á la infección moral, como ahora la llaman los educadores, tal idea me hace reir verdaderamente; porque en este respecto tengo recuerdos muy claros. Recuerdo que entre los muchachos de mi condición que conocía en las clases, y los pillastres que me hubieran debido infestar en el patio, no existía diferencia alguna, ni en materia de conocimientos, ni en materia de lenguaje, ni en nada que se refiriera á cosas prohibidas; que, antes bien, si había diferencia, consistía en esto: que los bien vestidos, á los cuales la holgura de medios daba mayor libertad de espíritu, y la buena nutrición más vivacidad de fantasía, trabajaban con ésta sobre los asuntos

prohibidos bastante más y con mejor voluntad que los pobres, distraidos con frecuencia por el apetito sin satisfacer, por los trabajos, por las disputas domésticas y por los golpes que recibían de sus padres, de sus madres y de sus hermanos.

* *

¡Pobres muchachos! No he vuelto á saber nada de algunos de ellos desde que abandoné la ciudad; viven, sin embargo, y hablan aún en mi memoria después de cuarenta años, como si les hubiera abandonado ayer; veo, con sus semblantes, los trajes de todos, con aquellos remiendos y aquellos desgarrones, las piezas de las toscas camisas, los zapatones que habian usado ya sus hermanos, y las cabelleras enmarañadas, donde no entraba un peine, y las manos agrietadas por los sabañones; y casi percibo ahora mismo el olor que cada cual despedía, según el oficio que tenía el padre.

He conocido luego en la vida centenares de hombres de otras clases sociales, que se correspondían admirablemente en su indole con los diversos tipos que entre aquéllos existían; pero bien puedo decir, que he encontrado muy pocas personas tan originales de carácter, que no me pareciera haberlas ya conocido en embrión en algunos de aquellos chiquillos «mal alimentados»; porque nosotros podremos cambiar cuanto queramos el tenor de vida y el círculo de amigos y de conocidos; pero, poco más poco menos, nos encontramos siempre en medio de la misma compañía dramática, con ciertos personajes y máscaras inevitables que la Naturaleza repite sin fin.

Recuerdo á Tonio, hijo de un carretero, que llevaba dos aretes de bronce en las orejas, espíritu satírico que embromaba á todos, pero de buen corazón y de buen sentido, precoz y dotado de mucha habilidad mecánica, que envidiaba y admiraba; con el cual sentía indecible placer, una verdadera alegría, cuando en los días de lluvia nos poniamos á cocer castañas en un puchero de barro, bajo un cobertizo que había en el fondo del jardín; donde fantaseaba que me había sorprendido el temporal en un bosque, teniendo que guarecerme en un antro, sin saber cuándo podría volver á casa.

Recuerdo á Nuccio, cara árabe, hijo de un pescador, invicto jugador de castellina, que no dejaba á nadie ni una nuez en et bolsillo, lengua de infierno, con la cual ninguno podía cuando lanzaba injurias, y que à veces se insolentaba atrozmente; capaz de sostener disputa un día entero por cuatro higos; á Tomasillo, hijo de un pollero, paliducho, con un hilo de voz, de alma tranquila, que lloraba por todo y con el cual todos se divertían atormentándole; á Santiaguillo, hijo de la lechera, chiquitin y gordo, un pobre diablo y algo tonto, pero que cuando le enojaban se ponía fiero como un torete, haciendo desaparecer á todos. Y el pobre Andrés, ¿qué fin habrá tenido? Un desgraciado expósito, criadillo de un panadero, á quien todos golpeaban en la panaderia por diversión, verdadera cabeza de turco, y á pesar de esto, fresco siempre y lleno de alegria, como si las bofetadas y los puntapiés le hicieran el efecto de duchas higiénicas; insuperable en ganarse los cuartos al chito y en saltar las paredillas á pies juntos. Y ¿dónde habrá ido á parar el fraile?... hijo del trapero, á quien le habian puesto este apodo, porque, siendo niño, por un voto que hicieron sus padres

le vistieron de fraile; aquel frailecito, que tenía una hermosa cabezota de filósofo, plantada sobre las espaldas jibosas, y que llevaba y traia al patio todas las pequeñeces de la vecindad, y que era el más astuto y más charlatán de la comparsa, y tan bufo, que nos desternillábamos de risa sólo con verle aparecer? ¿Y Gigetto, el zapatero remendón, gran robador de nidos de pájaros, mi Sancho Panza, que me acompañaba en todas las correrías aventureras por el campo, y que con toda regularidad sufría á la vuelta una cachetina de su madre, porque volvía siempre enseñando una nalga por las roturas del pantalón? ¿Y el pequeño Saboyano, aquel hermoso muchacho rubio, siempre serio, huérfano de un hostelero, á quien los chicos mayores atormentaban con ciertas alusiones misteriosas á una hermana suya, sobre las cuales pensaba yo luego largamente...? Recuerdo siempre una vez que vino ella á buscarle al patio, muy bien vestida, con el pelo corto y rizado y un cinturón de cuero; recuerdo que despedía un olor penetrante de violeta y que por mucho tiempo segui viendo en la imaginación aquellos rizos, siempre que percibia algún olor fuerte.

Sin embargo, el personaje que más impreso me quedó fué un muchacho como de diez años que se llamaba Clemente, aquel que decia Crinea, hijo de una verdulera, un tipo de golfo completo, en el cual existia el germen del delincuente. Su recuerdo es el que, antes de que yo leyera ningún libro de César Lombroso, me persuadió de que existen delincuentes natos. Era un pequeño Don Quijote del delito. Su ideal supremo consistía en llegar á ser un famoso timador; y se gloriaba ya en aquel entonces de serlo, con tal impudencia que daban ganas de patearlo. Siempre llevaba en el bolsillo una navaja sin punta, para meternos miedo amenazándonos á cada paso con que nos iba á hacer algo. Se vanagloriaba de que la policia le tuviera en observación, de no tener miedo á la Guardia civil, y de haberse escapado más de una vez de sus manos, diciendo, que para detenerle á él, no bastaban dos hombres. Según nos referia, todas las noches andaba de un lado para otro, y cada una llevaba á cabo alguna proeza, á la cual hacía vagas alusiones, guiñando un ojo y sacando punta con dos dedos á los bigotes que le faltaban. Tuvo un día la desfachatez de

llevarme á una calieja y de enseñarme sobre el empedrado ciertas manchas, que él decia que eran de sangre, de un hombre, de un atrevido, al cual había él dado una lección; y otra vez, señalándome la puerta de una habitación del piso bajo del hospital civil, donde se exponían los cadáveres de los asesinados, murmuró á mioido:—¿Sabes? ¡Ya he mandado yo ahi dentro unos cuantos!—Yo sospechaba que era una exageración de bravuconería; pero, no dudaba de que en el fondo había algo de cierto. Me inspiraba un gran terror, que yo traté de ocultar, y le mantenia propicio regalándole casi todos los días la fruta de que me privaba en la mesa, y... aun cosas que no me correspondían. Por esto se daba él aires de ser mi protector; y, para seguir adquiriendo otras cosas, me daba á entender que yo tenia enemigos, canallas, que trataban de hacerme daño, vanagloriándose de haber hecho abortar la trama, de haberlos sorprendido y puesto en fuga con su cuchillo, mientras recorrían en actitud siniestra los alrededores de mi casa. Y yo con este motivo hacía nuevos huecos en la despensa doméstica para recompensar sus fingidos servicios de amigo bandolero.

Éste, á pesar de todo, nada grave tenía hasta entonces sobre su conciencia; no era todavia más que un baratero. Había otro que ya habia comenzado la carrera. Rara vez venia al patio, porque vivía lejos; no sabíamos de quién era hijo; quizá de nadie. Siempre estaba en movimiento; más noches pasaba al raso que bajo techado, si por acaso disponía de algún techo. Era un ladronzuelo de oficio, especialista para la fruta. Al pasar al lado de un puesto de frutas, en pleno dia y en presencia de cualquiera, agarraba un melocotón ó un racimo de uvas, y salia huyendo con tal velocidad que no había piernas que pudieran alcanzarlo: era un ladrón alado. Tenía semblante repulsivo, y ¿cómo había de tenerle atractivo, ¡pobre muchacho!, habiendo crecido como una fiera en un bosque? No podía yo entonces sentir la lástima que siento hoy hacia él. Le temía bastante másque al otro, y por esto le acogía siempre con singular cortesía, cuando honraba mis posesiones con una visita. Un dia, después de haberme ganado einco centimos al juego de los boches (siempre le dejaba ganar), enfiló la calle para irse y yo me quedé observándole desde el umbral de la puerta. En aquel mo-

mento pasó por delante de mí un Jefe de policía—un hombrón de dos metros de alto, con una espada que no se acababa nunca; -el cual, viendo al muchacho por las espaldas como á un tiro de pistola de distancia, exclamó:—¡Ah, al fin le he pescado!—y lanzándose á la carrera de puntillas, á pasos cortos y rapidísimos, le alcanzó y le amarró por un brazo. Él se puso á chillar como un desesperado, implorando piedad y misericordia; pero el Jefe le tuvo firme, y se lo llevó. Me quedé helado de miedo, con la conciencia de que yo era un cómplice que debía correr la misma suerte al poco tiempo; y entrando en casa pálido y tembloroso, todo el dia lo pasé metido en la cuadra, husmeando de cuando en cuando por la ventana, con el miedo de ver aparecer de un momento á otro al Jefe de policia, en aire de decir:-¡Ahora, al otro! Desde aquel día no volví á ver á aquel múchacho

Fuera de éste y del supuesto matachín, todos los demás eran en el fondo buenos muchachos, incapaces de una verdadera bribonada, algunos útiles ya y muy amantes de su familia; todos me querían á pesar de las frecuentes cachetinas, porque, más

por cariño que intencionalmente, yo no les hacía sentir en ningún modo la superioridad de mi condición. Lo cual no quitaba que alguna vez me las echara yo de mandón por impulso instintivo; si bien recuerdo que cuando me decían (y lo decian siempre en aquellos casos) que yo obraba así porque era un señorito, tales palabras me herían en el corazón, y me quedaba humillado y confuso, apresurándome á alcanzar el perdón con todo género de finezas y aun de adulaciones.

